

Carlos Real de Azúa: el ensayo puesto a prueba

*Ainsi, lecteur, je suis moi-même la matière de mon livre:
ce n'est pas raison que tu emploies ton loisir en un sujet
si frivole et si vain. Adieu donc.*

Michel de Montaigne

¿Pero, se sabe, en verdad qué es el ensayo?

Carlos Real de Azúa

Al cumplirse treinta años de la muerte de Carlos Real de Azúa la Biblioteca Nacional organizó un coloquio en conmemoración de ese aniversario. En tales circunstancias me pareció necesario llamar la atención sobre su biblioteca que, según entendía, corría riesgos, varios y serios.²⁰⁰ Casi al mismo tiempo, gracias a otra iniciativa similar se lograría que esa biblioteca, que permaneció casi inaccesible durante décadas, repentinamente volviera a existir. Ahora está en la Cátedra Alicia Goyena, donde fuera su casa, un lugar donde la biblioteca *tiene lugar*, y *tener lugar* no solo refiere al lugar o al *local*, sino al *advenimiento* de un hecho, de una realización que ya empieza a verificarse.

Aparentemente superado el peligro, aunque siempre a riesgo, me había propuesto no abundar en el mismo tema. Sin embargo, parece ineludible seguir hablando de la biblioteca ya que, en los últimos años, la biblioteca ha devenido un *tópico*, es decir, un «tema mayor», pero también el *topos*, un *lugar* o el lugar en transformación.

200 Entonces no existía la «Sala Real de Azúa», Cátedra Alicia Goyena (Consejo de Educación Secundaria [CES]), donde se encuentra radicada parte de su biblioteca en la actualidad. Si bien la referencia a su biblioteca fue lateral y displicente en el codicilo que dirigió a su hermana Celia Real de Azúa de Denis, sus familiares y amigos procuraron, con las orientaciones y asistencia de una fundación norteamericana, mantenerla reunida y radicada en el Uruguay. Lamentablemente ese designio no fue cumplido más que durante pocos años, mientras estuvo radicada en el Centro de Investigaciones y Estudios Sociales del Uruguay (CIESU) y, aún allí, parcialmente ya que, desde entonces, son cuantiosos los libros que se perdieron o dispersaron, tanto en nuestro país donde la biblioteca padeció un periplo extremadamente accidentado, como en el exterior. Problemas de local, primero, amontonados los libros en cajones de mudanza, sin inventarios rigurosos, después; el traslado a la biblioteca del IPA, a la Biblioteca Central de Educación Secundaria, a la sede de la Cátedra Alicia Goyena, sin bibliotecario a cargo, con horarios y accesos limitados, complicaron su preservación. Aunque no cumpla con los objetivos inicialmente propuestos, la biblioteca mantiene atesoradas publicaciones de otros tiempos que el pasaje de los años y las vicisitudes nacionales e institucionales que las afectan harán cada vez más valiosas.

Entre sus transformaciones, y en esta época de digitalizaciones, no podría pasar por alto las maravillas de la virtualidad que contribuyen a *releva*r la biblioteca —con las ambivalencias que esa relevancia implica—: ahora es posible preservar sus bienes por medio de una acción contradictoria que convierte los libros en accesibles e inmateriales, al lector en un navegante solitario y sedentario, y a las bibliotecas del mundo en un acervo remoto y doméstico, ajeno y propio, distante y al alcance de la mano.

Asimilada, desde la antigüedad y sus doctrinas, al mítico *pardés* (del hebreo, «paraíso», un acrónimo formado por las iniciales de cuatro tipos de lecturas ejemplares), la biblioteca sería el espacio desde donde se vislumbra una especie de Infinito, al que se asocian, cada vez más, las virtudes técnicas de internet y las sutilezas del éter, su etérea y eterna extensión como espacio de esperanza, sin límites ni fronteras.

Gracias a los avatares informáticos, la biblioteca atraviesa una de sus instancias más favorables, pero conviene recordar que esta etapa fue precedida por una aterradora historia que acosa la imaginación desde la segunda mitad del siglo xx. Entre las obras mayores que la representan menciono —y no será la única vez— las bibliotecas de plomo quemado de Anselm Kiefer, la *Biblioteca* devastada y bajo tierra de Misha Ullmann y, años antes, el célebre cuento de Borges que, aunque anticipe una biblioteca total, cuenta poco, casi nada y, alevosamente, no menciona ni un solo libro.

Cabe preguntarse si una biblioteca sin libros es una biblioteca. O bien, si puede existir una colección de libros sin biblioteca. Existen, en efecto, pero como si no existieran. Encajonados, como escribió Real de Azúa citando el término con que Bernardo Berro aludió al país y a sus proyectos, miles de libros que yacían en cajones podrían volver a existir. Leídos, analizados, citados, imitados, salen de su fúnebre desubicación y hoy celebramos que hayan logrado «entrar en biblioteca» como quien dice «entrar en religión».

Semejante a aquel lector hidalgo y enjuto caballero, de quien se dijo que nunca salió de su biblioteca, se podría pensar que Real de Azúa nunca salió de la suya y, en esa «vispera perpetua de aventura» que la biblioteca propicia, tampoco trató de alejarse mucho de Montevideo.

En ese gabinete mágico fueron innumerables los ensayos que escribió Real de Azúa quien —suponemos— no escribió más que ensayos (cartas, apuntes de clase, apuntes diarios). Fueron igualmente numerosas las interrogantes que formuló sobre su elusivo estatuto discursivo, advirtiendo sobre su problemática adecuación a marcos generales, categorías, alvéolos lógicos o terminológicos, que el ensayo impugna desde el ensayo, para estremecerlos, transgredirlos, creando un hueco discreto y crítico a la vez.

Contemporáneo de una época en la que aún se confiaba en el rigor de las teorías, en la verdad de sus premisas, en la eficacia de los métodos, los planteos de Real de Azúa presentían y anunciaban el incipiente desmoronamiento de las rígidas estructuras que apuntalaban sus sistemas. Acuciado por *el tema nacional*,

por la entidad de «lo uruguayo», sin prescindir de la sólida variedad de su perspectiva universal, atraviesa las jurisdicciones territoriales y disciplinarias, entrecruzando los fundamentos de las ciencias, de la historia, la filosofía, la estética, la literatura y, alentado por ese expediente ausente, se vale de los límites porosos del ensayo para inclinarse sobre el vacío y diseñar su contorno.

Dice Real de Azúa en el prólogo a su *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*:²⁰¹

Y si la novela y el cuento encontraron con posterioridad su propia teorización, a menudo profunda, a menudo brillante; si la teoría de la ciencia y sus medios de exposición se afinaron hasta alcanzar rigor y precisión filosóficos; si la propia filosofía se hizo consciente de la variedad, de la individualidad de sus cursos de pensamiento, si algo semejante ocurrió con la crítica (artística, literaria) en medio de todas ellas quedó un vasto, peligroso, desnivelado vacío. Un área que tenía contactos con todas sus vecinas, que a todas en parte rozaba e invadía y se dejaba invadir.

Apenas atendido por las doctrinas tradicionales, vilipendiado por ciertas culturas, el ensayo apunta hacia la elucubración en libertad y responde —en palabras de Real de Azúa— a

la voluntad de situar el *tema del hombre* en el centro de la meditación del hombre [...] una tarea que incita a la perplejidad y reclamaría la omnisciencia.

Ante ese desconcierto —afín a los tanteos de la teología negativa— definiría el «ensayo» como aquel escrito que no es novela ni cuento, ni poesía, ni teatro, ni filosofía, ni periodismo, sin agotar otras variaciones del rechazo que constituyeron paradójicamente su especificidad literaria. Recurriría, además, a la historia del término «ensayo», para contrarrestar por la etimología la falta de mayores antecedentes. *Exagium*, de donde deriva *ensayo*, significa en latín «acción de pesar, peso», un origen similar al de *pensar* o *pensamiento*, que deriva asimismo de la «acción de pesar», se asocian a la acepción que define el ensayo como ese «escrito en el cual el autor desarrolla sus ideas», una escritura que las elabora en forma ponderada, mesurada, medida, pensada.

Si la narración cuenta con una *expectativa de ficción* es previsible, para el ensayo, una *expectativa de saber* o *de verdad*, un ejercicio gozoso de conocimiento en libertad no necesariamente disciplinado ni encauzado. El ensayo, que se presta a *contener* esa labilidad y a abarcar en sus cuadros más de una categoría, aproximando las distancias teóricas y críticas, era el espacio textual y natural en el que la erudita ductilidad de los escritos de Real de Azúa podría extenderse sin reservas. Theodor Adorno destaca la disposición feliz de quien se dedica a especular en ese ámbito de libertad, habilitando una actitud casi lúdica que valida un juego desprovisto de reglas o que las va estableciendo a medida que discurre, ajeno a las instituciones y disposiciones académicas.

201 Real de Azúa, Carlos, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, tomo I, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1964.

En ese mismo prólogo, Real de Azúa anunciaba la *declinación* del ensayo y advertía que hoy de casi nadie se dice que es un *ensayista* y sí que es un historiador, un crítico, un filósofo, un sociólogo y un periodista..., remitiendo a los primeros, a los anhelos de búsqueda de la verdad y de cierta y controvertida objetividad y al periodista, a los apremios de una profesión que ya medraba en

actividades culturales que giran en torno de la celebridad, del éxito y del prestigio de aquellos productos destinados al mercado.

Ambas afinidades, casi irreconciliables, confirman esa *declinación* y contribuyen a invalidar la vigencia del ensayo.

Decía Real de Azúa que

este imperialismo (a veces fútil, pretensioso, superpositivo) de *las ciencias*, esta aspiración de todos los saberes a jerarquizarse como tales, es particularmente decisivo en cuanto al destino del ensayo.

Un afán de rigor científico, por un lado; por otro, la renuncia a cultivar una escritura valiosa, el sacrificio —en aras de la claridad disciplinaria o transparencia referencial— del gusto por gustar. Más aún, las tentaciones de la superficialidad periodística, la sumisión a su notoriedad pasajera y a una deontología dispersa han contribuido a la depreciación de un género que, próximo a esos quehaceres, no disimula el encanto de su diferencia literaria.

Tal vez por esa diferencia se registra —en el caso de Real de Azúa con cierta nitidez— un ambiguo fenómeno de *tras-posición*, de *traslado*, un giro metafórico que conviene atender. Al estudiar el pensamiento de otro autor no es raro que, quien se interiorice en su obra, lo adopte, se adapte y hasta se transforme hasta confundirse con el objeto-sujeto que es.

Ahora bien, son tantos los autores que analiza Real de Azúa, y tan variados, que sería difícil, en su caso, observar las asimilaciones de esa metamorfosis que la ficción consagra y que el saber disciplinario presume soslayar.

De ahí que, tomando un ejemplo casi al azar, no debería asombrar que, al examinar Real de Azúa los atributos del padre Juan Luis Segundo —al reflexionar sobre sus peculiaridades, sobre esa reflexión— se refleje. Más allá de las diferencias de funciones que desempeñaron, al describir los rasgos de su estampa intelectual, aparece, al sesgo, su autor:

... revelaba no solo una excelente y actualizada nutrición filosófica sino también una experiencia estética de calidad más que inusual en el clero de lengua española. [...] el gusto y la necesidad de diálogo, trascendiendo todo parroquialismo, con actitudes opuestas; el empleo de textos marxistas, para un contacto o una disidencia sin pudibundeces; el apartamiento de todo énfasis apologético; la confianza en la posible eficacia persuasiva de una exposición desgarrada, sincera, impecablemente autocrítica; la pendiente hacia la rigurosa problematización de todo lo discutible.

Otro aspecto de su figura se traspone cuando se refiere a Bernardo Berro y a la tensión, casi nunca amortizada, entre las inducciones, por fuerza universalistas, de lo ideológico y la más cabal, la más entrañada toma de conciencia del contorno.

Al referirse a Dardo Regules afirma que fue «uno de los uruguayos de su tiempo mejor dotados para la exposición y la inquisición de las ideas» y destaca que dejó constancia de su tránsito por el arielismo y su final salida de él, de su insatisfacción por su remotismo e insustancialidad.

Otro tanto cuando señala, refiriéndose a Gustavo Gallinal:

Los rasgos peculiares de nobleza de tono, de amplitud periódica, de desgarbada elegancia, que no se han visto después equivalidos.

Con Zum Felde, las coincidencias son menores, aunque reconoce que «Desdeñó [...] la crítica de cortesía y la del bombo mutuo».

No son esos los únicos ejemplos ni son todos tan representativos de un acogimiento que supera las abstracciones especulativas para facilitar, al pasar y distraído, su propia emergencia. Su *Antología* incluye a más de cuarenta compatriotas, sin dejar de nombrar, incluso, a otros más, a los que omite por ser historiadores o especialistas en otras disciplinas,²⁰² poniendo *a prueba* la *improbable* definición del ensayo y los desafíos de «tentativa —de aproximación—, de borrador», de carácter provisional que comporta.

Cuando fundamenta sus criterios de selección opta por incluir a los autores que, por *representar* una época del Uruguay, son «eco del tiempo, flor del aire», en «ajuste, de sintonización con nuestros intereses y nuestros problemas», incidiendo «sobre lectores inmediatos y sobre *nosotros*» (escribo en cursiva).

El espectro de sus preferencias es determinado y lo implica, pero, dado su inquebrantable rechazo a la notoriedad y sus miserias, se excluye cualquier sospecha de deriva estratégica que —por interpósita persona— consienta una «complacencia solapada» que pudo haberse insinuado. Se trata de acompañar ese vaivén que oscila entre el conocimiento y la confesión, entre la lectura y la escritura, y afirmar, una vez más, la inescindibilidad de esas funciones literarias, sin ignorar que la investigación más razonada no deja de ser una búsqueda íntima y secreta, que cuando un autor inventa también se descubre, de la misma manera que todo lector, cuando lee, es un lector de sí mismo.

202 Es el caso, por ejemplo, de Bauzá, Zorrilla, Herrera, Blanco Acevedo y Pivel Devoto.